

La calle para el miércoles 15 de diciembre de 2010

Diario de un espectador

Borges, no Borgues

Miguel ángel granados chapa

Tal vez el presidente Fox no leyó nunca a Borges, y por eso lo llamara, en gazapo célebre, José Luís y suavizara la g de su apellido llamándolo Borgues. No es de esperar que el ex presidente corrija ahora sus deslices. Pero es posible, en cambio, que quienes apenas oyeron del escritor argentino a causa del desliz presidencial, puedan aproximarse a su lectura de la mano de Christopher Domínguez Michael, en su iniciación a la literatura del autor de *El Aleph*:

“La obra de Borges –se lee en el dos veces bueno libro de Domínguez Michael al que empezamos a aproximamos ayer—como lo señalan casi todos los críticos que se han ocupado de ella, abunda en resúmenes o en biografías sintéticas, reales e imaginarias, escritas a la manera de la *Enciclopedia Británica* (en su edición de 1911) la colección de libros más valiosa de todas las leídas o consultadas en la biblioteca de su padre, el paraíso de la infancia que él se jactó de no haber abandonado nunca del todo. ‘La biblioteca paterna es la fuente –dice Alan Pauls en *El factor Borges* (2004)—de todas las lecturas de Borges, así a secas, porque el elenco de libros que devora durante la primera década del siglo es más o menos el mismo que le acompañará siempre... Para completar el software de la máquina Borges sólo hay que agregar otros pocos programas...’

Que Borges ‘imitara’ el tono, la disposición y a veces hasta la sustancia de esa enciclopedia como ‘imitó’ otros libros, parece raro a primera vista, a quienes fuimos educados, para decirlo en términos similares a los que usaría Borges, en ‘la superstición romántica de la originalidad’, es decir en la idea, antigua sólo en dos siglos, de que un artista está llamado a hacer algo no sólo nuevo sino sorprendentemente nuevo. Ocurre que Borges llegó a ser, por un camino largo, torcido y sorprendente, un escritor original sin despreñar el procedimiento de los pintores de caballete que veces vemos copiando las obras maestras en los museos.

“Esas imitaciones tuyas acabaron por convertirse en variaciones significativas y luego en originales. Desde *Historia universal de la infamia* (1935) una colección de pequeñas biografías de legendarios criminales, sugeridas en la historia pero deformadas por la imaginación, Borges hizo de la atribución deliberada –dar lo propio como obra de otro—una de sus técnicas preferidas como narrador—y del anacronismo –haciendo pasar mucho de lo que escribía como antiquísimo—su forma de rebelarse contra la doctrina de la originalidad.

“Borges nos da, al comienzo de ‘El inmortal’ –y el procedimiento será rutinario en algunos de sus cuentos—la sensación de veracidad que

acompaña a las fechas históricas junto al enigma novelesco. No hemos llegado al capítulo I del cuento y ya contamos con varios elementos encantadores. Un anticuario, una ciudad oriental, una princesa y la *Iliada*, uno de los libros más famosos. Y no es necesario —no habría sido, en mi caso— que el lector consulte sus propios diccionarios o busque en la Wikipedia, para localizar a Esmirna en el mapa ni que verifique si existieron en la realidad o en la historia la princesa de Lucinge o el anticuario Joseph Cartophilus, o que conozca esa edición de la *Iliada* traducida por el poeta inglés Alexander Pope, que murió a mediados del siglo XVIII. Quizá sólo deba saberse que un libro en cuarto menor equivale en tamaño, más o menos, a nuestros libros de bolsillo.”